

“Del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio”: El engaño de los sentidos en la primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*

Jennifer Harumi Barrios Aldape
(Universidad Nacional Autónoma de México)

Introducción

Cervantes es un autor polifacético que, al igual que muchos escritores de su tiempo, se desarrolló literariamente en diversos géneros. En *Don Quijote de la Mancha* se rescatan múltiples tradiciones literarias como la novela pastoril, la novela sentimental y, en especial, los libros de caballerías; por ende, la novela retoma principalmente tópicos y motivos de esta literatura. Don Quijote es aficionado a la narrativa caballeresca, a tal grado que “[...] él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio” (I, 1, 41-42).

El gusto del hidalgo por las caballerías lo llevó, en primera instancia, a abandonar el ejercicio de sus labores con tal de entregarse a sus lecturas. Y, posteriormente, la claridad de la prosa lo condujo a la locura, ya que:

[...] en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». Y también cuando leía: «... los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza».

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. (I, 1, 40)

Como resultado de la fiebre provocada por sus lecturas caballerescas, Alonso Quijano busca convertirse en caballero andante bajo el nombre de don Quijote de la Mancha. Al transformarse en caballero, el protagonista deja de percibir la realidad tal cual es para leerla como si se tratara de un libro de caballerías. A sus ojos, se enfrentará con ejércitos, con gigantes, contra sabios encantadores, deshará entuertos, defenderá doncellas y menesterosos, entre otras aventuras; sin embargo, la realidad que percibe no es la misma que la del resto de los personajes. Por esta razón, la propuesta de la presente investigación plantea que el conocimiento de don Quijote sobre los libros de caballerías condiciona y predispone sus sentidos para interpretar el mundo conforme al imaginario caballeresco, de manera que la ficción impregna gradualmente la realidad.

Ficción y realidad: los sentidos de don Quijote

La relación entre la ficción y la realidad, como bien señala Mercedes Juliá, es uno de los grandes temas en el *Quijote* (275). El caballero andante lee el mundo de la misma manera en que lo describen los libros de Amadises y Palmerines. Establece contacto con su alrededor a partir de los conocimientos que posee acerca de las caballerías. Así, la ficción se infiltra poco a poco en la realidad y contamina lo vivido, visto que, paulatinamente, tanto el narrador como los personajes se apegan a las excentricidades y fantasías de don Quijote. El mejor

ejemplo de ello es Sancho Panza, quien al principio del relato se muestra reacio a comprender el mundo de la misma manera que don Quijote; sin embargo, progresivamente, se le ve sucumbir ante el deseo de convertirse en gobernador de una ínsula y los encantos de la narrativa caballeresca.

De acuerdo con Bénédicte Torres, don Quijote interpreta el mundo a partir de imágenes mentales que provienen de sus lecturas, es decir, está basada en signos legibles (2001a, 637). Como resultado, el proceso de cognición es invertido, explican Gloria Fuenmayor y Yeriling Villasmil, que los procesos cognitivos implican mecanismos mentales que permiten captar mediante los sentidos datos para interpretarlos (196). Don Quijote no percibe el mundo por medio de su corporalidad, sino que lo percibe a través de sus deseos por revivir la época de oro de la caballería andantesca mediante su imaginación, alterando los datos que le brindan sus sentidos y reinterpretándolos. Por lo tanto, su recepción de la realidad no es directa, como consecuencia de que sus sentidos están predispuestos para percibir el mundo a partir de tópicos y motivos propios de las caballerías.

Asimismo, en gran medida, don Quijote se deja guiar por su imaginación como consecuencia de su temperamento al estar inclinado por la inventiva y por la ensoñación al ofuscar el juicio. La teoría de los cuatro humores plantea que tanto el cuerpo como la mente humana están conformados por cuatro fluidos básicos que, a su vez, se consideraban coesenciales con los cuatro elementos, los cuatro vientos, las cuatro estaciones y los cuatro grupos que componen al zodiaco. Cada temperamento corresponde con un elemento y tiene cualidades determinadas (Romero López, 879). Cervantes aprovecha esta teoría para la construcción de su obra, pues los personajes de la novela son configurados de acuerdo con la información que aportan los tratados de fisiognomía.

Existen diversas posturas acerca del temperamento de don Quijote. Se dividen principalmente en tres vertientes: la primera postula que es colérico; la segunda, que es melancólico o melancólico por adustión y; la tercera considera que es colérico-melancólico. Al respecto, Roger Bartra (142-143) realizó un estado de la cuestión donde pone en diálogo las fuentes para reflexionar acerca de la melancolía que caracteriza al caballero de la triste figura. Bartra defiende la caracterización del personaje como melancólico, pues imita la melancolía de Amadís de Gaula y, en consecuencia, “no es fácil saber con certeza si el simulacro de melancolía quijotesca expresa una tristeza real o es meramente una invención ingeniosa” (Bartra 149). Por este motivo, resulta importante remitir a las descripciones físicas del caballero que se ofrecen a lo largo del *Quijote* para optar por alguna de las posturas:

Frisaba la edad de nuestro Hidalgo con los 50 años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. (I, 1, 39)

[...] pero Don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo: [...] (I, 2, 53).

[...] las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y nonada limpias (I, 34, 445)

[...] viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo [...] (I, 34, 447).

Tomad señora esa mano [...] No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contestura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. (I, 43, 556)

Joaquín Forradellas explica que era común la creencia de que la complexión física estaba determinada por el equilibrio entre las cuatro cualidades elementales: seco, húmedo, frío y caliente. A su vez, los cuatro humores, sangre, flema, bilis negra y bilis amarilla condicionaban el temperamento (39). Con fundamento en las descripciones anteriores, en esta investigación se adaptará la postura que caracteriza a don Quijote como un personaje colérico-melancólico,¹ pues sus características corresponden con ambos humores. La sequedad y la delgadez son rasgos de los coléricos, y de los melancólicos por adustión “el color del rostro verdinegro o cenizoso; los ojos muy encendidos [...]; las carnes pocas, ásperas y llenas de vello; las venas muy anchas” (Huarte de San Juan). La composición de su humor provoca que la sequedad adquiera gran importancia para el desarrollo del personaje. Lo caliente y lo seco, en conjunto con los sentidos, cumplirán una función fundamental en la evolución de Alonso Quijano hacia don Quijote de la Mancha, a causa de que influyen directamente en el detrimento del juicio.²

Al respecto, el sentido del tacto adquiere una función crucial, pues por medio de éste el ser humano percibe la temperatura del ambiente. De tal forma que, por medio del cuerpo, el personaje se expone al calor que le nubla la razón:

[...] él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio (Cervantes I, 1, 41-42).

Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazo su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo [...] (Cervantes I, 2, 48-49).

[...] y cuando estaba muy cansado decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado [...] (Cervantes I, 5, 80-81).

Con base en las menciones sobre la temperatura calurosa y la sequedad, es posible destacar que estos elementos sirven para moldear el temperamento del hidalgo, y que, además, funcionan como un factor que facilita su locura. El calor afecta profundamente el estado mental de don Quijote; mientras que al enfriarse su estado cambia para estar “sano y sosegado”. Esta relación puede explicarse a partir de la teoría de los humores. El médico Juan Huarte de San Juan consideraba que el desequilibrio de los humores debe ser considerado como una enfermedad, aplicando las cualidades contrarias para estabilizarlos: “Y, así, vemos que el colérico aborrece el estío y se huelga con el invierno, el vino le abrasa y con el agua se amansa. Que es lo que dijo Hipócrates: *calidae naturae cui est, aquae potus et refrigeratio*.” (Huarte de San Juan), es decir, las personas de temperamento colérico, al estar relacionadas con el elemento del fuego o cualidades como lo seco y lo caliente, requieren

¹ Romero López observó que la melancolía de don Quijote no es una melancolía normal, ya que las características del personaje distan de las cualidades frío y seco de la melancolía. Por ende, es preciso señalar que la melancolía del caballero es por combustión, es decir, una melancolía de bilis caliente u originada de la sangre, y que como resultado es esencialmente caliente y seca (Burton, 26).

² El temperamento de don Quijote promueve el ascenso de la locura, pues la combustión de los humores causa insomnio, la pérdida del juicio y desvaríos (Burton, 27).

contrarrestar este extremo con elementos fríos como el agua para recuperar el equilibrio del cuerpo y de la mente.

Por otra parte, la vista es un sentido que adquiere gran importancia a lo largo de la narración, ya que, a través de éste, don Quijote establece contacto con el mundo, transformando el significado de los objetos: no ve molinos de viento, sino gigantes; no espera rebaños, sino ejércitos; no contempla ventas, sino castillos; la camisa de Maritornes no le parece ser de arpillera, sino de finísimo y delgado cendal; no convive con prostitutas, sino que socorre a princesas y doncellas. Don Quijote altera lo que ven sus ojos privilegiando el conocimiento en lugar de las experiencias sensoriales, de modo que reconstruye el mundo conforme a su saber libresco. De esta manera se genera el autoengaño que lo conduce a la locura.

En la novela se muestra que existen múltiples puntos de vista que reflejan la percepción de una misma realidad, pero enfocada desde un referente distinto a través de las diversas consideraciones de cada personaje. Es el mismo don Quijote quien reconoce la pluralidad de interpretaciones de un mismo objeto, pues acepta que lo que a Sancho le parecía bacía, a él le parece yelmo y a otro le parecerá algo distinto. El sentido de la vista no corresponde objetivamente con la realidad, sino que es distorsionado por el deseo de interpretar el mundo a la luz de sus anhelos. El hidalgo se ve sometido a una suerte de ceguera, la cual no es física; por el contrario, se trata de una ceguera que le permite construir y leer su vida como una aventura de caballerías para convertirse en “el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones” (Cervantes I, 4, 17). En este sentido, Sancho se convierte en un guía para el caballero de la triste figura.

La influencia de Sancho

En contraste con la interpretación caballeresca del mundo por parte de don Quijote, Sancho sirve como contrapeso al percibir el mundo mediante los sentidos. Este personaje permite establecer cierto equilibrio entre la ficción y la realidad, pues se relaciona con su entorno de manera pragmática y con base en el sentido común. Así, mientras que don Quijote lee el mundo, Sancho Panza es puro sentido (Torres 2001b, 431), por lo que suele interpretar “correctamente” el mundo que lo rodea. Por consiguiente, el personaje adquiere gran importancia en el desarrollo de los sentidos del manchego, pues con la ayuda de sus advertencias, cuentos y refranes busca que observe la realidad tal cual es:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquéllos que allí ves —respondió su amo— de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquéllos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino (Cervantes I, 8, 103).

Por medio de las interacciones y el intercambio entre Sancho y don Quijote respecto a la forma de percibir la realidad, se crea una influencia recíproca entre amo y escudero en el proceso de engaño y desengaño, así como de locura y cordura por medio del oído.

A su vez, el sentido del oído se desarrolla en la obra por medio de la memoria auditiva. De acuerdo con Antonio Quilis, la fase de percepción del sonido implica la identificación e interpretación del movimiento vibratorio en el cerebro (85). La memoria auditiva permite reconocer y asociar el sonido con su fuente de forma efectiva; sin embargo, don Quijote relaciona los sonidos con signos sonoros de los libros de caballerías. Interpreta la realidad de acuerdo con el horizonte de la literatura caballeresca y bajo sus propios deseos, por ejemplo, cuando al oír el cuerno del porquero decodifica el sonido anterior como si fuese la música de un enano que anunciaba su llegada al castillo. La realidad termina infiltrada por la ficción caballeresca de tal forma que los datos recibidos a través de los sentidos son modificados y, como resultado, don Quijote tiene la posibilidad de interpretar al mundo desde su propia narrativa.

Hasta el momento, se han expuesto diversos ejemplos de los sentidos del tacto, la vista y el oído; sin embargo, vale la pena recordar los sentidos del gusto y el olfato, los cuales gozan de pocas menciones, pues:

El olfato se considera inferior en la jerarquía de los sentidos derivada de la filosofía platónica, lo mismo que el gusto y el tacto, es sin duda por relacionarse con los olores corporales que las normas de urbanidad en tiempos de Cervantes denuncian (Torres 2001b, 431).

Para profundizar en dichos sentidos, se remitirá a los capítulos que corresponden al encantamiento del carro de bueyes,³ pues, en éstos, Sancho se valdrá de los sentidos bajos para comprobar que el encantamiento es engaño.

El encantamiento y los sentidos: un conflicto entre percepciones

Aurelio González Pérez señala que la percepción de la realidad puede ser afectada por diversos métodos; en la literatura de tipo caballeresco se realzan la magia y los encantamientos como mecanismos para intervenir y transformar la realidad (193). En este sentido, lo maravilloso es un elemento de suma importancia tanto para los libros de caballerías como para *Don Quijote*, pues según observa Jesús Duce García, cumple con una función estructural básica, originando escenas portentosas, a través de las cuales se ponen de manifiesto las cualidades del héroe (Duce García 192).

Es importante tener en cuenta cuáles son los medios que apoyan a la construcción de los encantamientos en los libros de caballerías; entre ellos se encuentran los vehículos maravillosos. María Luzdivina Cuesta Torre realiza una clasificación acerca de estos vehículos. Pueden funcionar como transporte de los encantadores, de sus protegidos o como un medio para llevar a las víctimas de sus encantamientos. Una característica de los vehículos maravillosos es que pueden emplear animales fantásticos como dragones, grifos u otras bestias o recursos naturales como el viento para su movimiento (Cuesta Torre 248, 251-252).

³ A finales del capítulo 46 inicia el engaño disfrazado de encantamiento, organizado por el cura y el barbero, con la finalidad de llevar a don Quijote de vuelta a su tierra; el caballero es liberado de la jaula en el carro de bueyes en el capítulo 59 de la primera parte.

De manera que, éstos constituyen una muestra evidente del poder del encantador y por ende generan cierta exaltación a la figura del caballero.

El modelo de encantamiento prototípico se valía de una serie de elementos maravillosos que por su naturaleza exaltaban las características del héroe, ya que como bien señala Duce García, las pruebas mágicas sólo pueden ser superadas por aquella figura que esté dotada de los recursos y habilidades más sobresalientes, es decir, el mejor caballero (Duce García 192); sin embargo, el modelo del encantamiento del Quijote dista de cumplir con estas características, pues como el propio Don Quijote señala:

Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes, pero jamás he leído, ni visto, ni oído, que a los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires, con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, o en algún carro de fuego, o ya sobre algún hipogrifo o otra bestia semejante; pero que me lleven a mí agora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios que me pone en confusión! (I, 47, 590).

Una clave importante es que los animales que llevan los carros tienen una carga simbólica, al respecto señala Cuesta Torre que éstos generalmente son animales reales y fantásticos que según sea el caso pueden ser representaciones del mal o subrayar el carácter positivo del personaje que viaja en él, pues evocan a la nobleza (Cuesta Torre 251-252). Como se puede observar en la cita anterior, don Quijote es llevado por bueyes, que además de ser animales rústicos, señala Silvia Potel que en clave simbólica representan la sumisión y el sacrificio, asimismo, indica que son emblema de la noche, de modo que estos animales representan una oposición al carácter solar del león (Potel 635). La nobleza generalmente está asociada a figuras luminosas por lo que, a partir de la antítesis entre el león y los bueyes, se degrada la figura del héroe, de los encantadores y el propio encantamiento al carecer de cualquier característica prodigiosa.

Como resultado, el modelo ideal donde se exaltan las cualidades del héroe se ve fracturado por dos razones, en primer lugar, por el hecho de ser transportado de manera tan poco caballeresca, enjaulado en el carro de bueyes; y en segundo, porque no se adapta a los modelos de encantamiento reconocidos por Don Quijote, en consecuencia, la ejecución del encantamiento/engaño se convierte en un medio generador de burla al ridiculizar al personaje y al degradar la ejecución del encantamiento.

A pesar de lo anterior, Don Quijote, en su deseo de cumplir con la aventura caballeresca, justifica el encantamiento al considerar que la caballería y los encantamientos se han modificado:

Pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos. Y también podría ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos, y otros modos de llevar a los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo? (I, 47, 590).

De esta manera Don Quijote “resuelve” que el modelo con que ha sido encantado diste de los conocimientos que tiene a partir de los libros de caballerías al invertir “las

connotaciones negativas de la carreta de los bueyes frente a las positivas de los traslados aéreos de los caballeros literarios” (Calvo 385), convirtiendo a Don Quijote en el protagonista de un nuevo modelo resultado de la innovación genérica de la caballería andantesca que él ha resucitado.

La intervención de Sancho adquiere importancia en estos capítulos pues se vale de sus propias percepciones, de los conocimientos de la caballería andantesca que ha obtenido gracias a Don Quijote y de sus sentidos, el oído, el tacto, el olfato, la vista y el gusto, para demostrar que su señor en realidad no está encantado:

—Par Dios, señor —replicó Sancho—, ya yo les he tocado, y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído decir que tienen los demonios; porque, según se dice, todos huelen a piedra azufre y a otros malos olores, pero éste huele a ámbar de media legua (Cervantes I, 47, 590).

A partir de los sentidos del tacto, el oído y el olfato Sancho trata de desmentir que estas figuras sean diablos, pues en realidad, son los personajes con quienes estaban reunidos en la venta. Para ello, establece una relación de conceptos por medio de estos sentidos, busca desmentir el engaño, ya que “los diablos” no cumplen con las cualidades que ha escuchado caracterizan a estos seres y, puede verificarlo ya que al tocarlos implica que tienen un cuerpo, y el olor se aleja de lo desagradable confirmando la falsedad de dichos entes. Pese a ello, don Quijote sigue creyendo que su estado es obra de la “envidia y fraude de los malos encantadores” (595). Por lo tanto, el escudero tendrá que presentar más pruebas de la falsedad del encantamiento valiéndose tanto de los sentidos como de sus saberes:

—Ahora, señores, quíeranme bien o quíeranme mal por lo que dijere, el caso de ello es que así va encantado mi señor don Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, el come y bebe y hace sus necesidades como los demás hombres y como las hacía ayer, antes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme a mí entender que va encantado? Pues yo he oído decir a muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van a la mano, hablará más que treinta procuradores (I, 47, 597).

Utiliza el conocimiento que ha adquirido en sus aventuras con el caballero andante y los sentidos del oído, el tacto, el olfato, la vista y el gusto para demostrar que su señor en realidad no está encantado, esta información es confirmada por el mismo don Quijote en la segunda parte de la obra al contar de los habitantes de la cueva de montesinos:

Y los encantados, ¿comen? —dijo el primo.

—No comen —respondió don Quijote—, ni tienen escrementos mayores; aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

—¿Y duermen por ventura los encantados, señor? —preguntó Sancho.

—No, por cierto —respondió don Quijote—; a lo menos, en estos tres días que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco (II, 23, 900).

De este modo se confirma que la información proporcionada por Sancho es verdadera. Aun así, don Quijote sigue reacio a aceptar que el encantamiento en realidad es obra y engaño

del cura y del barbero. Por lo que se presentará una última prueba de falsedad del engaño, mediante la necesidad del Quijote de hacer “aguas mayores o menores”:

Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaído y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa; y si me responde como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño y verá como no va encantado, sino trastornado del juicio [...] (Cervantes I, 48, 610).

–Digo que yo estoy seguro de la verdad y bondad de mi amo, y, así, porque hace al caso a nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si acaso después que vuestra merced va enjaulado y a su parecer encantado en esta jaula le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores o menores, como suele decirse [...] (Cervantes I, 48, 611).

– ¡Ya, ya te entiendo, Sancho! Y muchas veces; y aun agora la tengo. ¡Sácame deste peligro; que no anda todo limpio! [...] (I, 48, 612).

Como resultado, el caballero percibe la falsedad del encantamiento; aunque no lo hace por medio de los sentidos o de las pruebas derivadas de las percepciones sensoriales de su escudero; por el contrario, duda de la fiabilidad del encantamiento, ya que no coincide con el modelo ideal de los libros de caballerías, como se observa en el fragmento anterior. Y como consecuencia, es ridiculizado, a causa de que no se le está tratando con la dignidad que se debe tratar a un caballero. Sancho señala este aspecto al solicitar al cura que deje salir a su señor “porque si no le dejaban salir, no iría tan limpia aquella prisión como requiría la decencia de un tal caballero como su amo” (613).

Torres afirma que el encantamiento garantiza que el mundo funcione como desea, provocando que la evidencia sensorial se esfume ante la creación imaginaria; así, los signos leídos se imponen sobre los signos visibles hasta borrarlos (2001a, 640). De esta manera es posible observar que el conocimiento no excluye a los sentidos, sino que es el propio don Quijote quien prefiere sobreponer sus saberes ante las percepciones sensoriales. Sin embargo, la anteposición de los conocimientos no anula la presencia de los sentidos a lo largo de la novela, pues por medio de los sentidos tanto don Quijote como Sancho conviven con la realidad, con la diferencia de que decodifican el mundo de distinta manera según los referentes presentes o ausentes en su pensamiento.

Conclusión

En conclusión, los sentidos juegan un papel fundamental en el desarrollo de los personajes. Don Quijote tiene la posibilidad de ver el mundo tal como es o como desea que sea, pero opta por interpretar la realidad con base en lo que ha aprendido de sus lecturas. La ficción transforma la información que le ofrecen sus sentidos para percibir el mundo como si leyera una aventura de caballerías. Sus sentidos son condicionados por sus deseos y saberes de manera que observa o escucha lo que desea, alejándose de lo que sucede en la realidad. Cabe aclarar que don Quijote no anula sus percepciones sensoriales, sino que las adapta para adecuarlas al horizonte de expectativas de la caballería andantesca.

Sancho es un personaje importante para el desarrollo de los sentidos del caballero de la triste figura; busca motivar a su señor para interpretar la realidad por medio de sus sentidos, sin codificar la información recibida según los libros de caballerías. O como sucede en los episodios correspondientes al encantamiento del carro de bueyes, usa sus percepciones sensoriales en relación con los pocos conocimientos que tiene en cuanto a la materia

caballeresca para demostrar a su señor don Quijote que no está encantado, sino embaído y tonto. Sancho confía en sus sentidos interpretando la realidad de forma correcta, salvo cuando su deseo de convertirse en gobernador de una ínsula nubla su juicio. La intervención de este personaje permite crear un equilibrio entre amo y escudero, pues mientras don Quijote se guía por sus saberes, Sancho lo hace por sus sentidos.

De esta forma es posible para los diversos personajes de la obra decodificar el mundo por medio de los sentidos, influidos por sus deseos y saberes, destacando especialmente don Quijote, al engañar a sus sentidos para vivir en una ilusión, pues confunde la ficción con la realidad y convierte su vida en literatura.

Obras citadas

- Bartra, Roger. "Melancolía y cristianismo." En *Melancolía y cultura*. Barcelona: Anagrama, 2021.
- Burton, Robert. "Naturaleza de la melancolía." En Antonio Portnoy ed. *Anatomía de la melancolía*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1947. 26-28.
- Calvo, Florencia. "«Otros modos de llevar a los encantados». Cervantes y Chrétien de Troyes: el libro no leído ni visto ni oído por Don Quijote." *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. En Giuseppe Grilli ed. Nápoles: Societa Editrice Intercontinentale Gallo, 1995. 379-386.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Ciudad de México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016.
- Cuesta Torre, María Luzdivina. "Una tipología de los vehículos en los libros de caballerías (medios de transporte en el Belianís de Grecia)." *Historias fingidas* 10 (2022): 243-279.
- Duce García, Jesús. "Magia y maravillas en los libros de caballerías hispánicos." *Amadís de Gaula: 500 años después*. En José Manuel Lucía Megías, María Carmen Marín Pina eds., con la colaboración de Ana Carmen Bueno. Alcalá de Henares: Centro de estudios Cervantinos, 2008. 191-200.
- Fuenmayor, Gloria y Villasmil, Yeriling. "La percepción, la atención y la memoria como procesos cognitivos utilizados para la comprensión textual." *Revista de Artes y Humanidades UNICA* 9 (2008): 187-202.
- González Pérez, Aurelio. "El poder del encanto: de los molinos de viento al retablo de las maravillas." En Robert Lauer ed. *Cervantes y su mundo III*. España: Reichenberger, 2005. 189-200.
- Huarte de San Juan, Juan. *Examen de ingenios para las ciencias*. Edición digital basada en la edición de Madrid: Imp. La Rafa, 1930.
- Juliá, Mercedes. "Ficción y realidad en Don Quijote (Los episodios de la cueva de Montesinos y el caballo Clavileño)." En Ministerio de Asuntos Exteriores ed. *Actas del III Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Madrid: Anthropos, 1993. 275-280.
- Quilis, Antonio. "Fonética acústica." En *Tratado de fonología y fonética españolas*. España: Gredos, 1999. 84-91.
- Romero López, Dolores. "Fisionomía y temperamento de Don Quijote de la Mancha." En Manuel García Martín, Ignacio Arellano Ayuso, Javier Blasco y Marc Vitse eds. *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro: actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*. España: Universidad de Salamanca, 1993. 879-886.
- Potel, Silvia. "La ruta simbólica de don Quijote. El regreso de la segunda salida." *Actas del IV Congreso Internacional Volver a Cervantes*, editado por Antonio Bernat Vistarini, Universitat de les Illes Balears, 2001, pp. 631-636.
- Torres, Bénédicte. "Percepciones sensoriales, ilusión y locura en El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes." En Antonio Pablo Bernat Vistarini ed. *Volver a Cervantes: Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Palma: Universitat de les Illes Balears, 2001a. 637-646.
- _____. "Sentidos corporales y "aprehensiones" del mundo por Sancho Panza." En Alicia Villar Lecumberri ed. *Cervantes en Italia: Actas del X Coloquio Internacional de la*

Asociación de Cervantistas. Palma de Mallorca: Asociación de Cervantistas, 2001b. 431-438.